

A S. M. I. EUGENIA,

EMPERATRIZ DE LOS FRANCESES.

SERENATA MORISCA.

INTRODUCCION.

I.

Yo adoro, bardo errante, la gloria y la hermosura;
 Mi templo es el espacio, mi altar la creación;
 Yo vivo en la pasada para la edad futura,
 Y aislado entre dos siglos está mi corazón.
 Tu gloria y tu hermosura por eso solitaria
 Mi voz canta en las sombras al pie de tu balcón:
 Perdona pues, señora, si viene temeraria
 A perturbar tu sueño mi bárbara canción.

Yo habito de Granada las arabescas ruinas:
 Allí donde los muros de tu mansion natal
 Del áureo Darro lamen las ondas cristalinas,
 Cual ora las del Sena tu alcázar imperial.
 Yo habito aquellas lomas y páramos felices,
 Dó reberbera espléndido el sol meridional
 Que ha dado á tus cabellos del oro los matices,
 Y á tu purpúrea boca las tintas del coral.

Yo habito allí, señora, muy lejos de los hombres,
 De séres misteriosos en otra sociedad,
 Dó hablamos otra lengua y usamos otros nombres
 Perdidos ya ó estraños á la presente edad.
 Yo habito aquel imperio de luz y poesía,
 De calma religiosa, de santa soledad,
 Dó son mi amistad sola, mi sola compañía
 Las sombras de los dueños de la gentil ciudad.

Las nómades costumbres de su africana tierra
 Cambiaron mi lenguaje, mi fé, mi educación:
 La fé de los poetas que el cristianismo encierra
 Desdeñará á las mias unir su inspiración;
 Tu gloria y tu hermosura por eso solitaria
 Mi voz canta en las sombras al pie de tu balcón:
 Perdona pues, señora, si viene temeraria
 A perturbar tu sueño mi bárbara canción.

II.

Mas de esta voz salvaje que, sola y á deshora,
 Te envia en las tinieblas su cántiga oriental
 Es mágica la historia: escúchala, señora,
 Si aun no ha cerrado el sueño tu cámara imperial.
 Es una historia de hadas: de aquellas que los magos
 De Oriente, en sus leyendas de origen celestial,
 Escuchan de la noche entre los ruidos vagos
 Contar á una paloma posada en un rosal.

De aquellas que, en la lengua del árabe sonora,
 Y en caracteres de oro con puntos de carmin,
 Nos vienen en los libros de Alepo y de Bassora,
 Y allá leen las sultanas al són del bandolin.
 Es una historia de esas cuyo relato exala
 De pájaro gorgeos y aromas de jazmin,
 Y halaga los sentidos y el ánimo regala
 Cual són de agua que corre, cual áura de jardin.

Tal es, tan delicada, la trova peregrina
 Que á solas en la noche te vengo yo á cantar,
 Errante é ignorado como una golondrina
 Que deja el nido frágil allende de la mar.
 Las sombras de Granada que moran sus palacios
 Y pueblan sus florestas de mirtos y azahar,
 Abriéndome del aire los límpidos espacios,
 Prestáronme unas álas con que á tus piés llegar.

Mas ¡ay! como en las sierras de Elveira y Alpujarra
 La harpa y la griega lira desconocidas son,
 Mis versos acompaña de rústica guitarra,
 Escaso de armonías, el berberisco són.
 He aquí por qué, señora, mi trova solitaria
 Entono en las tinieblas al pié de tu balcon;
 Perdónala, sultana, si viene temeraria
 A interrumpir tu sueño mi bárbara canción.

III.

Era, ha muy pocas noches y en altas horas, una
 De esas serenas, limpias con que comienza Abril;
 Mi espíritu en los rayos de la menguante luna
 Vagaba en las riberas de Darro y de Genil.
 Ya están allí avanzados los árboles con hojas:
 Ya allí la primavera su fuerza juvenil
 Ostenta, y ya las rosas empiezan á ser rojas,
 Y rompen ya las lilas en plenitud viril.

Al penetrar cansado por el alcázar moro,
 Retiro á que mi alma se acoje con amor,
 Oí de sus techumbres filigranadas de oro
 Estremecer los ecos insólito rumor.
 Su espacio estaba lleno de misteriosos ruidos,
 Sus áuras impregnadas de aroma embriagador,
 Y de invisibles séres por ellas esparcidos
 Sentia yo agitarse las álas sin color.

Que henchia del alcázar la residencia quieta
 La fuerza de un misterio recóndito juzgué,
 Y oyendo de los Génios amigos del poeta
 La voz susurradora, tranquilo me acerqué.
 Yo, familiar con ellos y favorito suyo,
 Su lengua misteriosa y encantadora sé,
 Y de ella con las frases armónicas construyo
 Los himnos que me inspira mi solitaria fé.

Hé aquí por qué las sombras que en el Alhambra habitan
 Y los esquivos Génios que guardan su mansion,
 A sus nocturnas rondas benéficos me invitan
 Y á hacer de sus historias la amena relacion;
 Y hé aquí por qué, señora, mi trova solitaria
 Te canto en las tinieblas al pié de tu balcon:
 Perdónala, sultana, si viene temeraria
 A interrumpir tu sueño mi bárbara cancion.

IV.

No es hija de mi númen mi tosca serenata;
 Los Génios del desierto crearon mi cantar;
 Agreste es su palabra, su melodía ingrata,
 Suspiro de las tribus indómitas de Agar.
 Los Génios del desierto, que en el Alhambra moran
 Despues que la perdieron los hijos de Alahmar,
 Las hadas musulmanas, que su partida lloran,
 La hicieron, himno rudo del Agareno adoar.

Los Génios, las Huríes, los Silfos y las Hadas
 Que vienen por las noches á reunirse allí,
 Dejando sus silvestres incógnitas moradas
 Ocultas en la fértil comarca Granadí,
 De la árabe creencia los ángeles caidos
 De quienes esta noche ia vela sorprendí,
 La hicieron en su lengua sonar en mis oídos
 Mandándome en la mia tornarla para tí.

Los Silfos que se labran su tienda de reposo
 Con las plegadas hojas del fresco tulipan,
 En cuya alcoba móvil con su álito oloroso
 Las ráfagas nocturnas á columpiarles van:
 Las vírgenes perpétuas, las célicas Huríes
 Que, huyendo el paraiso dó las creó el Koran,
 La vuelta de los reyes, sultanas y walíes
 Esperan del caido imperio musulman:

Aquellas voluptuosas divinidades moras,
 De su sensual creencia soñada creación,
 En pájaros y flores tornadas á estas horas
 Habitan en tus valles de Orgiva y Lanjaron.
 En nombre suyo vengo: por eso solitaria
 Mi trova en las tinieblas se eleva á tu balcon:
 Perdona pues, señora, si llega temeraria
 A interrumpir tu sueño mi bárbara cancion.

V.

Aquellos lindos séres que, fieles á sus lares,
 Quedáronse en las tierras que hubiste tú despues,
 Te amaban como dueña gentil de los lugares
 Que habitan, dó ya nunca se posarán tus piés.
 Y aquellos lindos séres, que viven encantados
 Allí bajo las sombras del tilo y del almés,
 Su tierna despedida te envian desolados
 En estos versos rudos que de mi númen créés.

Los Génios de las aguas, las aves y las flores
De Lanjaron y Orgiva de quienes soy rawí,
Su intérprete me hicieron, sus alas de vapores
Prestáronme y un himno me dieron para tí.
Yo soy quien te le canto: mas, de ellos mensajero,
Repito sus palabras cual me las dan á mí;
Con ellas vá, señora, mi corazon sincero.
Yo, mas no poseyendo, con él contribuí.

Balsámica azucena del campo de Granada
Que dejas nuestras vegas tornada en flor de lis,
Paloma de la Alhambra de allí desanidada
Para anidar á sombra del trono de san Luis:
Olvida unos momentos, feliz emperadora,
La cortesana lengua de tu imperial París,
Para escuchar atenta mi serenata mora
En la robusta lengua de tu oriental país.

En medio de tu corte que leyes dá á la Europa,
Y el ostentoso lujo de tu imperial salon,
Pareceria pobre mi berberisca ropa,
Sé arrastraria débil mi pobre inspiracion.
Por eso en las tinieblas mi trova solitaria
Que oyeras quise á solas al pié de tu balcon:
Permíte pues, señora, que suba temeraria
A interrumpir tu sueño mi bárbara cancion.

SERENATA.

I.

LOS GENIOS.

Génio de alas doradas
Y ojos risueños,
Rosa de nuestros valles
Alpujarreños,
Aláh dé en Francia
Digno espacio á tu vuelo
Y á tu fragancia.
Aláh dé el sér del ángel
A tu hermosura,
Y á tu sér de las flores
La esencia pura;
Y piensen que eres
El ángel de las flores
Y las mujeres.
Al contemplar tus pueblos
Tu donosura,
Flor te crean ó ángel,
No criatura:
Naturaleza
La de la flor y el ángel
Dió á tu belleza.

En Granada naciste:
 Bien lo pregona
 La oriental gentileza
 De tu persona:
 Tú te asemejas
 A los Génios benignos
 De sus consejas.
 El alcázar augusto
 Donde tú mores
 Urna sea en que gracias
 Solo atesores:
 Desde tu estancia
 El benéfico Génio
 Sé de la Francia.

II.

LAS FLORES.

Tu presencia es, ¡oh rosa
 De la Alpujarra!
 Aura fresca de río,
 Sombra de parra:
 Donde aparece,
 Todo se vivifica,
 Todo florece.
 De la Alpujarra sales;
 Bien los olores
 Lo dicen que tu cuerpo
 Trae á sus flores:
 En tus entrañas

Arraiga un pié de lirios
 De sus montañas.
 Tus ojos son mas puros
 Que los raudales
 De sus frescos arroyos
 Y manantiales:
 Y tus cabellos
 Tienen las mismas ondas
 Que tienen ellos.
 Tu aliento huele al ámbar
 De la azucena
 De los valles de Yégen
 Y Lucainena:
 Segun trasciendes,
 Es de una mata de ellas
 De quien descienes.
 Flor que dejas los cármenes
 Del reino moro,
 Tu cáliz de virtudes
 Sea tesoro:
 Y su fragancia
 Se derrame en favores
 Sobre la Francia.

III.

LOS PAJAROS.

Ya, al brotar los albores
 De la mañana,
 No oirás nuestros píos

A tu ventana;
 Porque leales
 Defenderán tus rejas
 Águilas reales.
 Paloma no apareada
 Con las palomas.
 Al aire de las águilas
 El vuelo tomas:
 Pues te dió el cielo
 El alma de paloma,
 De águila el vuelo.
 Tórtola que te acojes
 De amor herida
 Al alcázar en donde
 Tu amor se anida
 ¡Qué el áura leve
 La ventura á sus torres
 Contigo lleve!
 Nosotros en tus valles
 Anidaremos,
 Y en tus techos desiertos
 Nos posaremos:
 Mas del olvido
 No haremos en el árbol
 Jamás el nido.
 Golondrina que partes
 ¡Que el bien te siga!
 Águila coronada
 ¡Dios te bendiga!
 ¡Dios de tu infancia

La paz dichosa lleve
 Contigo á Francia!

IV.

EL POETA.

Al ¡adios! que te envia
 Por mí Granada,
 Tolérame, señora,
 Que el mio añada:
 Halle acogida
 En tu gracia por ella
 Mi despedida.
 Escusa que mi audacia
 Llevar pretenda
 Al altar de tu gloria
 Mi propia ofrenda:
 Mas que te muestre
 Mi fé quiero á lo menos
 Ramo silvestre.
 Yo, á estilo de mi tosca
 Tierra Africana,
 Dejo un ramo de flores
 En tu ventana:
 ¡Y ojalá en ellas
 El favor te dejara
 De las estrellas!
 ¡Plegue á Dios que mañana,
 Cuando las halles.

De Granada te acuerden
 Los frescos valles;
 Y que al cojerlas,
 En tus manos de nácar
 Se tornen perlas!
 Emperatriz augusta,
 Yo te saludo
 Y parto: dá al olvido
 Mi canto rudo.
 Fué en mí arrogancia,
 Pero fué deber mio
 Cantarte en Francia.

Concluí de recitar mis versos, y mostráronseme muy pagados de ellos el general y mis dos amigos: calificómelos aquel diplomático de superiores, y pusieronmeles aquellos sobre las nubes, y lo que fué mas sobre el Chambertin: lo cual me escandalizó; porque en verdad, mi querido Torres, el del general era delicioso, puesto que al atravesar el Atlántico se habia grandemente avalorado. Además, creia yo entónces y ¡Dios y los poetas me lo perdonen! pero sigo todavía creyendo que todos los versos hechos y por hacer no valen una botella de Chambertin como la que á su mesa nos sirvió el general; y cuando allá en el siglo XII dijo de los suyos Gonzalo de Berceo:

Bien valdrán segun creo un vaso de bon vino,
 tengo para mí que

O erró de medio á medio diciendo un desatino,
 O no bebió en su vida un vaso de buen vino,
 O estaba ya chocheando y hablaba ya sin tino
 O miente por la barba el buen Benedictino.

Tal es mi opinion sobre el vino y los versos, en la excelencia y utilidad de cuyos dos productos del discurso y trabajo del hombre no hay comparacion ni duda posible; porque las del buen vino son universalmente reconocidas y respetadas, y las de los mejores versos del mundo andan siempre como la fama de las mugeres bonitas en lengua de todos los desocupados y murmuradores, sin poder jamás establecerse definitivamente en parte alguna. En el fondo de una botella de buen vino, halla inspiracion el hombre de génio, valor el cobarde, y alegría el triste; y hablo aquí del hombre moderado que con talento le bebe: porque á

los tontos que de nada saben usar sinó que de todo abusan, el vino siempre les rinde, y en vez de la escitacion del genio no les dá mas que la modorra de la estupidez. Pero hasta en eso prueba su exelencia el buen vino; pues mientras hace dormir á los tontos, libra al mundo de su tontoría: cosa que no lograrán hacer jamás todas las universidades, academias é institutos científicos conocidos. Con el buen vino no se atreve á mayores ni el mas valiente, porque el sabio está seguro de que por él ha de ser vencido, y el tonto se encuentra subyugado por su poder desde el principio de entrar con él en abierta lucha; pero á los versos no hay presumido que no se atreva: su exelencia está siempre en controversia, y no hay cirujano romancista, ni barberillo latini-bárbaro, ni licenciadillo sin pleitos, ni doctorzuelo sanguijuelista sin clientela, que no se crea con derecho á decidir ex-cátedra del mérito de Homero ó del Tasso, á enderezar como palos de trucos á Cervantes y á Calderon, á Lope y á Cienfuegos; y encuentra falto de gusto á Breton, el primer poeta cómico de nuestra tierra, y el mas rico y poderoso y correcto versificador de todos los poetas nacidos; y falto de armonía á Espronceda, cuyos versos se cantan solos; y falto de inspiracion á Heredia, cuyas fogosas estancias estremecen las fibras de la sensibilidad y del entusiasmo, como la máquina de vapor las jarcias de nuestro buque; y para oír á estos tales no hay sino alquilar balcones; de donde resulta que ni cuando vivos ni despues de muertos logran descanso los pobres poetas, ni tienen asilo sus pobres versos, y andan siempre su reputacion y su gloria colgadas al sol como trapos en azotea, y espantajos entre hortaliza: que así me dé Dios buena muer-

te, como nacen entre ella alcachofas y calabazas con mas sustancia y meollo que las cabezas de muchos doctores, académicos y licenciados que dejo en Europa, y de otros muchos que no dejaré de hallar por donde quiera que vaya. Del buen vino nadie dijo mal hasta la hora presente, y en que el vino bueno sea bueno han convenido siempre todos, estando todos de acuerdo sobre su bondad, utilidad y exelencia; desde la Biblia que dice:

Vinum lætificat cor hominis,

hasta Miguel de los Santos Alvarez, que es en mi juicio quien mejor comprendió la bondad del vino, cuando de él dijo con sentenciosa y espartana concision:

Bueno es el vino, cuando el vino es bueno;

pero ¿de los versos? de los mejores del mejor poeta se ha hablado peor que de la Caba. Y á propósito de la Caba, mi querido Torres, (y que sea esto dicho con perdon de los académicos de la historia): si los cronistas cristianos hubieran sabido como debian saber el árabe para escribir la historia de los moros, no hubieran quitado á la bella hija de D. Julian su bello nombre de Florinda, para darla un apodo tan injurioso, villano y soez. Que se le dieran los moros, pase: que al fin eran bárbaros y enemigos; pero que se le confirmaran los cristianos que se daban y pasaban por civilizados y caballeros, no me pasa á mí de los dientes: tanto mas cuanto que todavía parece que está por averiguar si la Caba lo fué ó no lo fué. Pero volviendo al vino y á los versos, digo: que si algun dia llegara á ser célebre por algo, quisiera mejor que mi fama se cimentara en un viñedo de Jerez, Burdeos, la Borgoña, ó la Champaña, y que mi nombre anduviese en rótulos de botellas, di-

ciendo en letras de oro orladas de pámpanos, *Zorrilla añejo*, *Zorrilla espumoso*, *Zorrilla rosado* y *Zorrilla seco*, que no en portadas de libros de versos y en artículos de periódicos: porque en los rótulos de mis botellas todos leerían mi nombre sin alterármele, y lo que vale mas sin añadirmele epítetos poco caritativos, tal vez hijos de animosidad y enquina; todos procurarían tomarle y conservarle bien en la memoria como nombre simbólico de alegría y solaz; mientras que en los libros y los periódicos, mis amigos y los que de mis versos gustaren me llamarían con entusiasmo cisne inspirado y ruiseñor canoro, y aquellos á quienes no agradaran, que al fin los versos y los poetas por buenos que sean no son onzas portuguesas para agradar á todos, me apellidarian con mofa grajo graznador y desapacible mochuelo: en el rótulo de las botellas deletrearían todos mi nombre con cariñosa sonrisa y me le recibirían con los brazos abiertos; y en los libros y los periódicos, si bien no me faltarian parciales y aficionados que con sonrisa y cariño me le leyeran, aplaudieran y encomiaran, siempre serían mas los que me le recibieran con ceño, y tal vez sin conocerme ni á mí ni á mis libros me le escarnecieran y difamaran. Tal es mi opinion sobre el vino y los versos, mi querido Torres; y note V. que este juicio mio debe ser imparcial y esacto, puesto que al cabo de mucha esperiencia y observacion, he parado en formarle yo, que tuve viñas y bodegas en Castilla, y las vendí para imprimir libros de versos; yo que hago de estos todos los dias, y que no bebo vino sino tres en el año: el del aniversario de uno feliz para conservarle en mi memoria, el de otro nefasto para ver si puedo dejarle olvidado en el fondo

de una botella, y el dia de mi cumple años para perder la cuenta de los que tengo.

Y este juicio y opinion mia sobre los versos y el vino lanzado por mí sobre la mesa del general, escitó la general indignacion, y produjo un magnífico discurso de Baralt en favor de los versos, cuyos rotundos y verbosos periodos regó con sendas copas de Champaña, por cuyo riego coligiendo yo que lo que en el discurso de Baralt daba fuerza y apoyo á la poesía era el vino, y que al fin iba probablemente á probar la excelencia de este, le interrumpí brusca-mente proponiendo con él un brindis á la emperatriz Eugenia, la mas hermosa de las emperatrices. Amoscóse un poco Baralt de que yo le interrumpiera, pero siendo mayor y mas sólida su galantería de caballero español, que su amor propio de orador, aceptó gustoso y resonó la sala con aquel brindis de corazon propuesto y de corazon aceptado: y con él concluyó nuestro almuerzo y se olvidó la historia de mi serenata, de la cual no sé, yo como hubiera salido, puesto que la tal serenata no tiene historia. La gente vulgar y desocupada se empeña en ver misterios y maravillas en las cosas mas simples, y algun desocupado debió de contar al general alguna, que á mí no importa saber, porque así se parecería á la verdad, como el templo de Salomon á los gigantones de Burgos. La condesa de Teba vino á parar en emperatriz de los franceses; hecho histórico que nada perdian en celebrar los poetas españoles: yo que soy español y tengo mis puntas de poeta, porque segun el refran

De poeta, de músico y de loco

No hay nadie que no tenga mucho ó poco,
quise tambien hacer mi baza y meter mi cuarto á espadas

con mi serenata; creyeron algunos que yo iba á oros en semejante juego, pero al descubrir el mio vieron que mis cartas eran blancas, y que los versos que hago á las hermosas, siquiera sean emperatrices, están mas que imperialmente recompensados con el honor que ellas les hacen al aceptarlos. Esto es todo: y como todo esto no forma historia y queda reducido á que yo hice una serenata á la condesa de Teba, emperatriz de los franceses, porque tal era mi deber, y S. M. recibió mi manuscrito porque yo se lo presenté, único objeto con que fué puesto en sus hoy imperiales y siempre nacarinas manos, y único favor á que mi composicion aspiraba, esquivé yo la cuestion de su historia, para no quitar al general Baez la ilusion que algun amigo de lo maravilloso y poético pudo hacerle formar sobre un hecho tan sencillo. Así es que ahogada felizmente por el brindis la memoria de la serenata, sirviéronnos el vivificador café de las Antillas: y como yo que soy muy nervioso me veo obligado á privarme de él, mientras mis amigos con no poca delicia le saboreaban, salíme al aire libre del mirador y me puse á contemplar á través de las espirales del humo de un habano veguero, el bello panorama del puerto de Santo Tomás, cuyo variado horizonte cierran en torno sus siempre verdes y pintorescas montañas; y á poco sumiéndose mi alma en la distraccion melancólica que produce generalmente en las creyentes ó enamoradas la contemplacion de la naturaleza, se dió la mia á vagar por el espacio, perdiéndose con mis pensamientos en el abismo de mis recuerdos.

.....
A las seis de la tarde nos despedimos con pesar del ge-

neral Baez, pues no podíamos arriesgarnos á dormir en tierra, porque la actividad del agente de la compañía inglesa habiendo puesto en juego todos sus recursos para abastecer de víveres y carbon nuestro buque, nos hizo prevenir que estaria pronto á hacerse á la mar á la media noche. Abrazamos pues al general y volvimos á la fonda. Pensábamos hallar á nuestros compañeros algo mohinos y descontentos por sus comidas y sobre todo por sus precios: pero con no poco asombro nuestro les hallamos alegres y repletos, cantando al rededor de una mesa cubierta de botellas vacías, y de abundantes frutas y postres á los cuales no habian podido dar fin. Pedímosles nuevas de su ventura y supimos que su almuerzo y su comida habian sido servidos con la misma esplendidez, esmero y economía que en cualquiera de los buenos hoteles de la civilizada Francia. Así es siempre la fama en boca del vulgo, embustera y calumniadora, y dice bien el refran:

Nunca es tan fiero el leon
Como la gente lo pinta.

La Isla de Santo Tomás tiene ni mas ni menos los mismos inconvenientes y riesgos que todas las islas del mundo: y en cuanto á insalubridad, no son menos peligrosas para los americanos nuestras pulmonias que su vómito para los europeos. Los locos repúblicos y de gobierno, como llama Quevedo á los arbitristas y como podemos hoy llamar á nuestros fanáticos por la política, hallan insoportable la residencia en la Isla de Santo Tomás, porque no ofrece suficiente campo para conspiraciones y pronunciamientos: los agiotistas porque no hay en ella ágio que revolver, valores imaginarios que cotizar, ni tontos cuyos dineros cambiar por títulos